

RESEÑAS

José Carlos Mariátegui, *Obras*. Tomos I y II.
Selección Francisco Baeza. Prólogo Enrique de la Osa.
La Habana, Casa de las Américas, 1982.

Los dos tomos de la presente recopilación de textos de José Carlos Mariátegui, amplían extraordinariamente la visión que el lector pudiera tener del escritor y crítico peruano a través de su conocida obra *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, publicada por primera vez en 1928, y de la que se incluyen algunos fragmentos.

Sin embargo, no estamos todavía ante un compendio total de la producción del autor. Hay que lamentar la ausencia de artículos, crónicas, poemas, etc., que en palabras del propio Mariátegui constituyen «disparates de juventud» correspondientes a una primera etapa o «Edad de Piedra», pero que en realidad son escritos de vital importancia a la hora de confirmar su trayectoria artística e intelectual.

Con todo, ese defecto de exclusión de la época juvenil, común a otras ediciones, como han visto los críticos Eugenio Chang Rodríguez y Yercó Moretic, queda paliado en gran medida en los dos tomos que nos ocupan, gracias a la función decisiva que desempeña el prólogo. En él, Enrique de la Osa hace un recorrido a lo largo de la vida y obra del ensayista, aclarando diferentes aspectos que revierten en una mejor comprensión de la figura de Mariátegui y su proceso evolutivo.

Contando con este valioso punto de partida, es posible seguir los pasos iniciales del joven Mariátegui, cuando éste se desenvolvía en el ambiente peruano abriéndose camino como autodidacta que va en ascenso desde obrero gráfico a redactor, reportero y comentarista en sus años periodísticos de *La Prensa* de Lima. Al mismo tiempo se multiplican sus colaboraciones en *Mundo Limeño*, o *Turf*, con comentarios hípicas y sociales, así como en *Lulú*, revista del mundo femenino. Es ésta una época marcada por el «decadentismo y bizantinismo» bajo las influencias románticas y modernistas, según afirma el autor. Pero esta actitud frívola que le lleva a participar en las tertulias del Palais Concert, o a la simulación de su

auténtico nombre bajo pseudónimos como Juan Croniqueur y Jack, entre otros, no impide que pronto se vaya acercando cada vez más a las inquietudes sociales.

Las enseñanzas de González de Prada, para Mariátegui «primer instante lúcido» en Perú, o los contactos con su amigo y compañero de tareas periodísticas César Falcón, asiduo lector de Tolstoi y Kropotkin, vienen a ejercer notable influencia en el viraje mariateguiano hacia la crítica. Entre 1915 y 1916 junto a sus colaboraciones en la revista *Colónida*, o su «Crónica» al Señor de los Milagros que le vale un premio de la municipalidad limeña, aparecen otros textos donde constata el despotismo de los gobiernos peruanos frente a las clases más menesterosas y necesitadas del país que sufren los abusos del poder.

Además la actividad de Mariátegui no se ciñe exclusivamente al plano de la escritura, sino que se manifiesta también en la práctica. Prueba de ello es que frente al rumbo tomado por *La Prensa*, abandona dicho periódico para pasar a *El Tiempo*, un diario con claros perfiles de izquierda. Tiene un conocimiento directo de los temas que redacta. Como cronista parlamentario, los acontecimientos político-sociales despiertan su interés y en su crítica la «cleptocracia» peruana aparece como corrupta. El joven va adquiriendo sólida madurez. Más que un cambio radical, se produce en él una evolución que le permite profundizar intensamente en los acontecimientos peruanos y mundiales, teniendo en cuenta también que se trata de un momento en que soplan los vientos de la revolución rusa, la primera guerra mundial, y en el que la acción proletaria y estudiantil dentro del Perú se acentúa.

Sus colaboraciones en *El Tiempo* y *La Razón*, sin descuidar los detalles literarios, contienen ya un inocultable tinte político que supone un peligro para la estabilidad gubernamental. Las columnas de Mariátegui se hacen inconfundibles en sus acusaciones, y la mesura es insuficiente para ocultar su apoyo a las masas populares. Si bien De la Osa sostiene que no puede decirse que el pensamiento de Mariátegui sea claramente socialista antes de su viaje a Europa, es evidente que éste está al servicio de una reforma. Ello hace intervenir la censura. Cuando en 1919 el presidente Leguía asume el poder, Mariátegui es enviado a Europa con una beca que encubría la expulsión temporal del país.

Esta sería a grandes rasgos la línea del primer período que se consolida definitivamente en su prolija actividad europea, al entrar en contacto de modo irrevocable con el ideal socialista. Y como quiera que la presente aglutinación recoge únicamente las publicaciones de 1920 a 1930, es decir, desde su viaje por Europa hasta su muerte, insistimos en la relevancia del prólogo.

No obstante, no hay que desmerecer el valor de estos dos tomos. Recogen —evidentemente elegidos con riguroso criterio— escritos suficientes para aproximar al lector a la complejidad de la obra de Mariátegui, al menos desde tres puntos de vista, por destacar algunos que nos han parecido ineludibles.

1. La amplitud de la preocupación mariateguiana se inscribe dentro del panorama mundial, no sólo peruano. Podemos comprobar la diversidad de temas que confirman la mirada universalista del autor. Así pues, además de una realidad acuciante como la primera guerra mundial, aparecen otros conflictos como las

revoluciones rusa, alemana, mexicana o turca. La política vaticana o la juventud española contra Primo de Rivera, el imperialismo yanqui en Nicaragua, la república de Mongolia, y por supuesto el fascismo, son otros tantos aspectos abordados. A su vez refuerzan la plural dimensión de que venimos hablando, los análisis de distintas figuras de la historia política o literaria. Entre ellas cabe citar: Wilson, Barbusse, Anatole France, Máximo Gorki, Alejandro Blok, Gandhi, Romain Rolland, Bernard Shaw, James Joyce, Waldo Frank, José Ingenieros o Pablo Iglesias.

2. Un lugar primordial ocupan asimismo los textos aparecidos en las revistas *Variedades*, *Mundial* y sobre todo en *Amauta*, fundada por Mariátegui a su regreso de Europa en 1923. Las peculiaridades de la vanguardia peruana, siempre a medio camino entre lo artístico y lo social, quedan de manifiesto en estas divulgaciones que tuvieron una enorme trascendencia dentro y fuera del país, sin olvidar que *Amauta* contó con una especie de apéndice que bajo el nombre de *Labor* adoptó un tono doctrinario acerca de la injusta situación indígena. Como idea central diríamos que, para el director de *Amauta* y sus seguidores, la vanguardia suponía una reconstrucción total, una vez que había surgido una nueva sensibilidad capaz de reemplazar esquemas caducos. Y esa imperiosa necesidad de renovación no podía entenderse exclusivamente en formas estéticas, sino que alcanzaba también la realidad social. Con ello, la literatura no era ajena a otras categorías de la historia; toda novedad en arte debía aparecer imbricada sobre la base de una auténtica peruanidad que remitía a lo más autóctono, y por tanto a la raíz indígena. En suma, el vanguardismo peruano apoya abiertamente la reivindicación del indio, de modo que entonces, acaso por primera vez, el problema secular que sufrían los nativos traspasaba las fronteras, objetivado al máximo —pese a su pasión— por Mariátegui.

3. Por último, se desprende de la obra de Mariátegui una actitud profundamente humana frente a los problemas del hombre con carácter universal. Hay toda una filosofía de salvación del ser humano acosado por el dolor o la adversidad. Para Mariátegui, el movimiento revolucionario en el que confiaba con absoluta fe surgía como una doctrina redentora. Eugenio Chang Rodríguez apunta incluso que el crítico peruano se adelantó a los teóricos de la teología de la liberación, en cuanto coincide con los postulados de los obispos de Medellín (1968) y Puebla (1979), en el sentido de liberar a todos los hombres sujetos a la injusticia. Esto explicaría también la honda preocupación de Mariátegui por el indígena, parte mayoritaria del país afectada por el despotismo. Y habría que añadir que esta perspectiva ha dado un signo particular al marxismo asumido por Mariátegui, lo que ha llegado a desorientar a algunos estudiosos del tema. Su teoría marxista, teñida de cierta religiosidad, parece aproximarse, más que a Lenin, a Georges Sorel, heterodoxo al que admiraba y a quien comenzó a leer desde 1918. Sin olvidar que el propio Sorel en su interpretación de la justicia aparece más identificado con Proudhon que con Marx.

Con esta línea de carácter humanitario, no es pues extraño encontrar en sus textos un enorme interés por figuras pacifistas, aun dentro de una consciente

esperanza en la revolución social. El mismo Mariátegui declaraba que no era «un espectador infausto ante el dolor humano». Sus elogios a personajes dispares que coloca en paralelo en cuanto filiación, apostolado y humanidad, como Morel y Zulen, confirman igualmente esa idea. También le impresiona la figura de Barbusse, para él un auténtico ídolo ya antes de viajar a Europa, y de quien aseveró después de conocerlo, que parecía «más un sacerdote de la humanidad que un rebelde». Digamos para concluir que la talla humana de Mariátegui muestra tal vez similitud con el sentimiento de solidaridad universal de César Vallejo, del que era amigo. Como al gran poeta peruano, a Mariátegui le parecen más urgentes las necesidades de las muchedumbres humildes y hambrientas que las celebraciones fastuosas de un centenario, aunque se trate de Dante.

Estos serían sólo algunos de los muchos e interesantes aspectos que el lector puede encontrar en los escritos de Mariátegui, seleccionados con acierto por Francisco Baeza para esta edición.

PETRA-IRAIDES CRUZ LEAL

Béroul, *Tristán e Iseo*. Edición y traducción de Roberto Ruiz Capellán, Madrid, Cátedra, Letras Universales, 1985, 223 páginas.

La historia de las aventuras y amores de Tristán e Iseo es una de las que más fama conocieron en la literatura europea de la Edad Media, llegándose a convertir muy pronto en un mito literario universal y fuente de inspiración para artistas de distinta índole.

De las numerosas versiones medievales que del asunto tristaniano se han conservado y dado a conocer, la que se conoce como la de Béroul es una de las más antiguas y cercanas al arquetipo. De ella la editorial Cátedra nos ofrece la primera traducción al español, obra del catedrático de Filología Francesa de la Universidad de Valladolid Roberto Ruiz Capellán.

La *Introducción* que abre esta edición contiene cuatro partes diferenciadas, además de una *Bibliografía* y una *Nota a la traducción*, en las que su autor trata de acercar al público no especializado (destinatario de las obras de esta colección) al asunto tristaniano y, en concreto, al relato de Béroul.

Así, en el primer apartado («El poema de Béroul y las otras versiones»), el doctor Ruiz, tras hacer una brevísima alusión al manuscrito que contiene esta versión, describe someramente las principales características de la obra de Béroul (lengua, datación, estructura, autoría), algunas de las cuales serán tratadas con más detalle a lo largo de esta *Introducción*. Seguidamente se hace un recorrido sobre la expansión de la leyenda tristaniana en el occidente medieval, dedicando